

EL PROCESO FORMATIVO EN LA VIDA CONSAGRADA

Nudos teóricos y prácticos

Amedeo CENCINI

La etapa que estamos viviendo como Iglesia está llamada a expresar, de los modos más variados pero sustancialmente convergentes, el actual clima de incertidumbre y discernimiento, de expectativa y transición, de largo camino por el desierto sin que se vea todavía cerca la tierra donde habitar. Hay quien todo esto lo ve como un hecho negativo, induciendo a una cierta desconfianza y depresión; hay en cambio quien siente soplar los nuevos vientos del Espíritu, que nos están liberando de tantas pequeñas y grandes esclavitudes para hacer nuevas todas las cosas.

En cualquier caso, es el tiempo que nos ha tocado vivir, tiempo cargado de desafíos y promesas, y que puede convertirse en nuestras manos y para nuestras Iglesias en verdadero *kairós*, tiempo providencial, de gracia y sabiduría, de renovación desde las mismas raíces de nuestro ser creyentes en el Dios de la salvación. Con tal de que sepamos captar los... «murmullos del Espíritu», o reconocer los caminos que está abriendo ante nosotros, aunque aún no estén muy batidos ni sean muy frecuentados, y acaso sean incluso inciertos y un poco aventurados, según algunos¹.

1. Sin formación permanente habrá frustración permanente...

Yo creo que la formación permanente es uno de estos «murmullos» o de estos caminos. Es más, el término ha entrado ya en el lenguaje común y corriente²; no se trata ya de una novedad: es difícil que un sínodo diocesano o un capítulo general o provincial no lo pongan en el orden del día; pero, por desgracia, el camino, en concreto, sigue sin estar batido.

Sigue habiendo incertidumbre en los planos teórico y práctico, reticencias e interpretaciones reductivas; faltan sobre todo modelos bien contrastados y proyectos valientes que comprometan a todos, verdaderamente a todos, dentro de una institución.

Hay quien dice que la formación permanente es un caso clásico de *renovación incompleta*; es en efecto más invocada que puesta en práctica; poco teorizada, o sólo de manera muy vaga, y no suficientemente organizada en un sistema lógico y coherente; justificada más en el plano funcional que en el de la evolución profunda y normal del

¹ Según muchos observadores, la crisis es más acentuada en el ámbito de la vida consagrada que respecto de la identidad presbital, probablemente más clara y mejor definida en torno a la dimensión pastoral; la diversa evolución de la crisis vocacional vendría a demostrarlo (cf. la opinión de mons. Masseroni, entrevistado en S. MAZZA, *Buone notizie dai seminari: in crisi le vocazioni religiose, ma cresce la 'voglia' di clausura*, *Avvenire* (20 de mayo de 1999) 18. Para un análisis actual y preciso de la crisis de la vida consagrada, cf. U. SARTORIO, *Dire la vita consacrata oggi*, Milán 2001.

² La expresión «formación permanente» es usada por primera vez, en torno a 1960, por los pedagogos Louis Armand y Michel Drancour, indicándose como «el único medio» para fomentar el crecimiento real del individuo no sólo en el plano intelectual (cf. L. ARMAND-M. DRANCOUR, *La pédagogie des adultes*, París 1961, 8). En el ámbito pedagógico cristiano quizá el primer tratamiento sistemático sea el de P. GRIÉGER, *La formazione permanente, 1. Formazione e promozione della persona*, Milán 1985; cf. también P. GRIÉGER (dir.), *La formazione permanente nella vita religiosa*, Roma 1987.

ser creyente y del ser consagrado; concebida más en términos defensivos (en el contexto del acelerado ritmo actual de los cambios de papel, de mentalidad, de expectativas...) que en términos positivos; más extraordinaria que ordinaria, y situada acaso en las conmemoraciones de aniversario, como un premio a la fidelidad (o la resistencia); fragmentada en diversos cursos de actualización y especialización, y no unificada ni unificadora del camino de la vida diaria; y, en fin, querida por los superiores mucho más que por la base, hasta el punto de ser -en ciertos casos- más o menos impuesta (por los primeros) y mal digerida (por los segundos). En definitiva, quizá no estemos lejos de la verdad si nos permitimos dudar de que la formación permanente sea sentida por la mayoría como una gracia...

Con la consecuencia, si esta impresión se corresponde con la realidad, de que incluso este camino general de renovación, hoy inaplazable y que todos desean, se queda en la teoría y sin llevarse a cabo, resulta algo solamente aparente y parcial, no llega a todos y no testimonia la riqueza de sentido y la vitalidad de la vida creciente, en la perspectiva de la vocación sacerdotal y consagrada. Por otro lado, si es verdad que, como dice el *Potissimum institutioni*, «la renovación de los institutos religiosos depende principalmente de la formación de sus miembros»³, una formación defectuosa o ausente, precisamente porque no acompaña la vida toda del consagrado, no puede ciertamente renovar la vida consagrada. Lo mismo puede decirse respecto de la vida presbiteral y cristiana en general.

En este capítulo quisiéramos pues identificar los principales nudos, teóricos y prácticos, que aún impiden este proceso de formación permanente, con la consiguiente renovación, y que es menester absolutamente deshacer, en la convicción de que, si nuestra vida de presbíteros o consagrados no es formación permanente, será *frustración permanente*. Lo contrario de la formación no es simplemente la falta de ayuda o la pérdida de una oportunidad, sino el proceso opuesto de la *de-formación*.

2. Los nudos que hay que deshacer

Los nudos teóricos se concentran todos -hasta el punto de parecer a veces un único nudo inextricable- en torno a la idea de formación permanente. Una idea que viene inevitablemente de lejos, de la idea general de formación y de formación inicial, de los sujetos y lugares de formación; más aún, del concepto mismo de fe, tal como es vivida por el sacerdote y el consagrado.

Trataremos de determinar de manera positiva, como hipótesis de trabajo o perspectivas sobre las que trabajar, algunos de los componentes de la que podría o debería ser la nueva idea de la formación y de la formación permanente, capaz de deshacer estos nudos y permitir de este modo una renovación efectiva. Para hacer que resalte más el sentido de novedad, compararemos en cada uno de los puntos la mentalidad de otro tiempo con lo que ahora proponemos.

³ CONUREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, *Potissimum institutioni. Directrices sobre la formación en los institutos religiosos*, 1. Si el documento se hubiera escrito ahora quizá se hubiera podido (o debido) especificar y añadir que la renovación depende principalmente de la formación permanente.

2.1. Perspectiva originaria de la formación

Según la mentalidad dominante en cierto pasado, la formación es sobre todo la inicial, y ha de definirse como el período propedéutico que prepara a la persona, sustancialmente, a hacer definitiva su opción y a adquirir la madurez, así como los requisitos e instrumentos, que le permitirán luego afrontar con sentido de competencia las situaciones de la vida. El punto de vista pues, o la perspectiva privilegiada desde donde observar el proceso evolutivo de la persona, siempre según esta orientación clásica, sería el de la primera formación; se trata en efecto del período de crecimiento por excelencia. La etapa posterior es considerada como una etapa única e indistinta en la que bastarían ciertos «reclamos» (por ejemplo, el retiro mensual o los ejercicios espirituales anuales o, a lo sumo, unos cursos periódicos de actualización) para mantener el tono espiritual; «mantener», como si ya no fuera posible crecer.

En cualquier caso, esta etapa no era considerada por sí misma una etapa de formación, o, a lo sumo, lo era sólo porque, y en la medida en que, reforzaba o retomaba modalidades y contenidos del período anterior. Dentro de esta lógica, se le recordaba al joven que siempre habría un desnivel negativo entre el período inicial de formación y las etapas posteriores, y mientras que el primero era considerado, con una retórica a veces pedante e ingenua, el tiempo del entusiasmo, las segundas eran inevitablemente tiempos duros, llenos de riesgos y peligros.

Este tipo de interpretación de la formación ha prevalecido durante mucho tiempo, y es probablemente responsable -aunque de manera indirecta- de los fenómenos de inercia y aplanamiento, jubilación precoz y autosuficiencia, de los religiosos y presbíteros que tras su ordenación religiosa o su ordenación han decidido prácticamente no necesitar formación alguna, con las tristes consecuencias que todos sabemos, de una vida que se ha ido alejando progresivamente del ideal, de un enamoramiento que poco a poco se ha ido disipando y de una persona que ha iniciado en ese momento un lento declinar hacia la insignificancia y la apatía, la rutina y el aburrimiento.

En realidad, como dicen Armand y Drancour, no hay «ninguna duda de que, en la historia de la formación, el período en el que la instrucción se concentraba en la juventud será considerado como paleo-cultural»⁴. Como tampoco hay ninguna duda de que la lógica que está detrás de esta interpretación reductiva debe invertirse por completo. La perspectiva normal desde la que hay que observar y programar el camino de maduración de la persona es la de la vida en su *totalidad*, porque sólo con el paso de los años y con el sucederse de las «fases evolutivas» puede llevar a cabo el individuo, en la medida en que es hacedero, el ideal que se ha propuesto. La formación es *de por sí* permanente. Y sólo a partir de esta acepción originariamente amplia se podrán luego dividir los tiempos de la formación misma en períodos, cada uno con sus características diversas y su mayor o menor relevancia. Pero sólo del concepto de formación permanente se puede derivar o deducir el de formación inicial; no al contrario. La formación permanente no es lo que viene *después* de la formación inicial, sino lo que -por paradójico que pueda parecer- *la precede y la hace posible*, la idea madre o el seno que la cobija y le da identidad.

⁴ L. ARMAND-M. DRANCOUR, *o.c.*, 8.

2.2. Relevancia teológica del concepto

Lo que hemos dicho es verdad en un plano meramente humano o psicopedagógico (como tendremos ocasión de ver mejor), pero en nuestro caso apunta a una verdad aún más profunda en el plano *teológico* y de la teología de la fe, así como de las dos expresiones de fe que son la vocación presbiteral y la vocación consagrada.

La fe en efecto tiene -desde este punto de vista- una doble estructura, *progresivo-dinámica* e *histórico-experiencial*, es asentimiento que madura a lo largo de un camino constante, o adhesión mental-afectivo-volitiva que sólo se produce al cabo de un largo proceso. Es algo complejo y articulado, que no se da en un instante, sino que se va realizando a lo largo de la vida y en la historia concreta, asumiendo formas y configuraciones específicas, según la vocación particular de cada uno. ¿Acaso no es el sí a la llamada el modo propio de creer de cada uno, la «forma» que este asume? En este sentido, creer es como una lenta peregrinación que a cada paso revela algo nuevo y acaso imprevisto, por una experiencia de Dios que día a día se enriquece y es puesta a prueba, debe luchar y se hace más fuerte, hasta el último día de la vida.

Por eso sólo se llega a la fe tras un camino de formación permanente; más aún, más que de acto de fe, que es algo estático y acabado, se debería hablar de formación continua de la adhesión creyente, en un organismo llamado a hacerse adulto en la fe, en la concreción y unicidad de su vida, «en la medida que conviene a la plena madurez de Cristo» (Ef 4,13). La formación permanente de la fe se realiza entonces en la formación igualmente permanente del proyecto oculto en el plano vocacional de cada uno, que, al mismo tiempo, más allá del proyecto estrictamente individual, está orientado a «edificar el cuerpo de Cristo» (Ef 4,12).

Si, por ejemplo, «el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús y con su *total oblación*, a esto se debe orientar ante todo la formación»; es más, en esto consiste la formación, en «un itinerario de progresiva asimilación (por parte del joven y luego del adulto) de los sentimientos de Cristo hacia el Padre»⁵; o, en el caso de la vocación presbiteral, de los sentimientos del Buen Pastor, que se preocupa por sus ovejas y quiere salvarlas a todas⁶. Evidentemente un itinerario como este no puede sino durar toda la vida e implicar a la persona entera. No basta ciertamente un tiempo limitado para llegar a tener los «sentimientos del Hijo»; es más, no bastará ni siquiera la vida entera y, por consiguiente, será necesario caminar todos los días por este exaltante y fatigoso camino, la mirada puesta en un objetivo que nos supera por todas partes y nos abre constantemente a la relación.

No sólo esto: si tal es el fin de la vocación sacerdotal y religiosa, la formación no es ya sólo camino propedéutico, pedagogía que prepara para asumir una identidad y las obligaciones ligadas a ella, sino que se convierte directamente en teología, en *un modo teológico de pensar y definir la misma consagración a Dios*, es decir, en un lento y progresivo proceso de formación en nosotros del hombre nuevo, o de un corazón humano capaz de asumir los sentimientos divinos, de latir al ritmo del corazón de Dios. La vida del presbítero y del consagrado, en definitiva, es formación en sí misma; la

⁵ JUAN PARLO II. *Vita consecrata* (VC) 65.

⁶ Cf ID. *Pastores dabó vobis* (PdV) 70 y 73.

formación, para estas dos vocaciones, como quizá para cualquier otra vocación o ideal de vida, no es una exigencia extrínseca, sino lo que la define *intrínsecamente*⁷.

Me parece sumamente importante comprender la relevancia *teológica* del concepto de formación permanente, porque esto nos permite entender mejor la naturaleza de la opción de la consagración, sacerdotal y religiosa, que es -por su naturaleza- como una larga parábola formativa nunca acabada, paciente gestación del Hijo en nosotros por obra del Padre y por el poder del Espíritu, como un interminable proceso evolutivo psicológico y al mismo tiempo espiritual.

Sólo secundariamente puede entenderse el concepto de formación permanente como algo contingente, como una exigencia ligada al ritmo de la vida actual, cada vez más cambiante y frenético, y al carácter dinámico del ser humano, cada vez más implicado en una realidad potencialmente enriquecedora, pero al mismo tiempo compleja. Si la formación permanente fuera sólo esto, se entendería de forma reductiva, de un modo *defensivo*, como un dique de contención, para no ser... arrastrados por el flujo de las transformaciones actuales, o un sistema para seguir el paso del tiempo, o, a lo sumo, un *aggiornamento*, acaso de tipo espiritual, pero algo en cualquier caso siempre *extraordinario*, a base de cursos especiales, intervenciones periódicas, años o semestres sabáticos y todo aquello, en definitiva, que pueda garantizar una especie de apoyo general, en el plano de la información técnico-práctica, en el de la actualización apostólica, en el de la animación espiritual, en el de la profundización carismática, en el del reposo psico-físico, etc. Aspectos todos positivos y necesarios, quede bien claro, pero que corren el riesgo de dar una visión todavía sectorial, parcial y episódica de la formación continua, y de no poner suficientemente de relieve el carácter teológico que da sentido y ayuda a captar la naturaleza de la misma vocación cristiana.

2.3. Horizonte de sentido

Hemos dicho que la formación religiosa o presbiteral no pende toda del período de preparación a los votos o a las órdenes, ni es teoría («bella teoría», diría alguien irónicamente), quizá luego desmentida o reformulada por la práctica. Hay una relación que es menester captar correctamente entre estos dos momentos estratégicos y que la idea de formación permanente nos parece que puede ayudar a descifrar. Más exactamente, «el itinerario de formación no puede ni quiere anticipar el futuro, ni debe reconstruir artificiosamente el contexto en el que luego se vivirá el ministerio. Se produce un salto inevitable y saludable. La formación del seminario (o del noviciado y del posnoviciado) habilita exactamente para este paso: para entrar en lo vivo de una responsabilidad y de un camino de discipulado capaces de regenerar y convertir a quien adopta una actitud de libertad y responsabilidad»⁸. Detrás de estas afirmaciones hay un equilibrio muy delicado y que continuamente hay que precisar y calibrar, y que podríamos formular así: *la formación inicial prepara para la consagración, pero es la formación permanente la que forma al sacerdote o al consagrado*, porque es el ministerio, la vida común, el servicio a los pobres, la búsqueda de los alejados, el anuncio de la pascua de Jesús en los acontecimientos humanos, la vida perdurable... el lugar primario y pertinente de la formación.

⁷ Ib, 69.

⁸ F. BROVELLI-A. TORRESIN, *Entrare nel ministero*, Il Regno-Attualità 10 (1996) 307.

Hay pues una inevitable tensión entre las dos etapas formativas, tensión que es fecunda si pone de relieve que «la vida se nutre siempre desde sus raíces y que los años de la primera formación no han de interpretarse como una fase en la que se adquiere todo lo necesario para vivir, de modo que no quede luego sino aplicarlo»⁹. Tensión, en cambio, que es peligrosa si acaba por afirmar que no es posible prefigurar las características y desarrollos de la vida futura de una persona durante los años de la formación inicial; quizá en un contexto histórico más estático y menos complejo era más fácil prever el después, los gestos y los estadios continuos de la conversión; era menos difícil anticipar situaciones problemáticas, intuir las formas originarias de determinadas crisis de interpretación de uno mismo, del propio ser de consagrados y del mundo. En el contexto actual todo esto es más difícil y no puede contarse sin más con ello. Precisamente por eso la formación permanente constituye hoy, de manera muy particular, el *horizonte de sentido* de la formación inicial; no sólo su perspectiva originaria, sino también la final; su objetivo natural y su completamiento; *lo que hace que la vida vivida en la donación de uno mismo sea de verdad el lugar normal de la formación*.

Sin embargo, cuando la tensión no se vive de modo equilibrado pueden darse diversos desequilibrios en la aproximación al ministerio apostólico. Es clásico el de los jóvenes sacerdotes y consagrados que, una vez entrados en el ministerio, se dejan absorber por él hasta el punto de anular todo itinerario formativo, espiritual y cultural que no esté directamente en función de la acción apostólica. Estos, en apariencia, están totalmente dedicados a las labores apostólicas; pero, al final, incluso este compromiso corre el riesgo de ser ambiguo. Cuando el trabajo, por benemérito que sea, se vive de un modo absorbente y equívoco, o cuando la misma donación de uno mismo no está compensada por las exigencias de la vida común o por los otros compromisos y momentos de la vida de un consagrado o de un sacerdote, sin disponibilidad ninguna para dejarse formar, «en lugar de formar deforma, desfigura, agota las fuerzas. En cualquier caso, no es nunca algo neutro: o forma o deforma»¹⁰.

⁹ S. PAGANI, *Seminario, introduzione alla vita*, La Rivista del clero italiano 12 (1995) 812.

¹⁰ F. BROVELLI-A. TORRESIN, *a.c.*, 307.